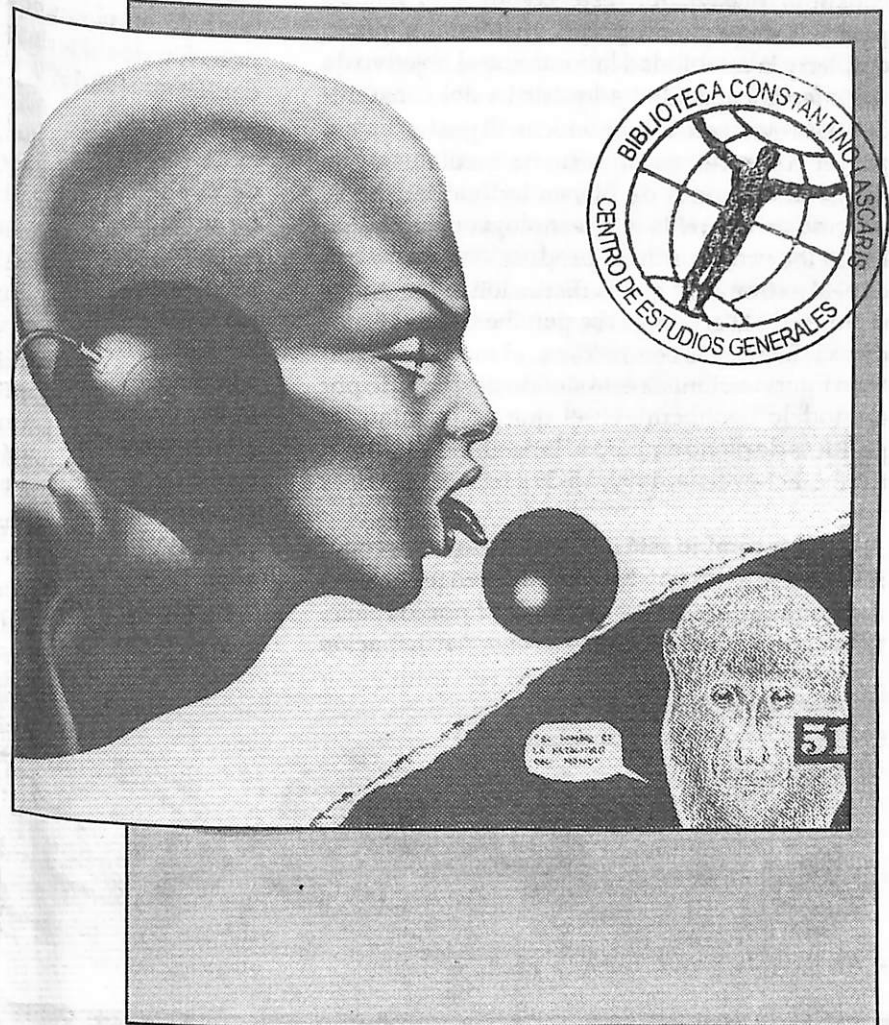
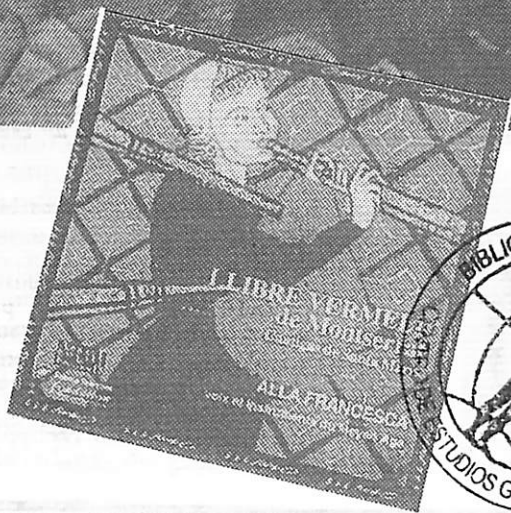


TOPICOS DEL HUMANISMO

Mayo-setiembre de 1995

Nº 10



EL CONSUMO MUSICAL EN LA SOCIEDAD DE LOS MEDIOS DE MASAS

CARLOS SAGOT MUÑOZ

Se puede observar en el caso de la recepción y consumo musical un desarrollo histórico que va de un mínimo a un máximo de público, y por lo tanto a una progresiva ampliación y mayor importancia en los momentos de la distribución y consumo. Esto se puede decir sea de la música culta (clásica) antes del siglo XX, sea de la música ligera (popular). De la música reservada para un público restringido antes del siglo XVIII (en los salones aristocráticos) se pasa a los grandes teatros de la música sinfónica y de la ópera en el siglo XIX para el nuevo público burgués. Más adelante sólo con la nueva tecnología electrónica han sido posibles los grandes conciertos «pop» al aire libre con millares de espectadores y escuchas a mucha distancia del escenario, cuando ya había nacido el público de masas. Primero, con el invento de la imprenta, comienza a aparecer la música editada como objeto aprovechable comercialmente y la música escuchada está mediatizada desde el siglo XIX por las relaciones de mercado del incipiente capitalismo industrial: «ya desde los años cuarenta del siglo pasado la producción musical está en la mayor parte en manos de editores musicales comerciales, de los organizadores de conciertos, de los managers y de los productores teatrales o debe pasar a través de su mediación. Por primera vez la mayor parte de la música viene comprada y no producida por sí misma» (1).

Pero, como es sabido, fue con la llegada de la música reproducida, después del invento de los medios de grabación, que la música se convirtió en objeto de consumo ampliado de manera tal que la escucha no dependerá, de ahora en adelante, necesariamente de la ejecución en vivo y sale de las salas de concierto o del lugar donde había nacido con funciones particulares (rituales, fiestas, etc. en el caso de la música sagrada o de la tradición folclórica), y la música podrá ser escuchada en cualquier parte. Después llegarán la música para films, la televisión, la grabación en cinta magnética y los casetes, más manipulables y económicos, también por la posibilidad de grabar en casa de otras fuentes sonoras (radio, discos y con casetes de otros) y finalmente en nuestros días el «compactdisc» (disco compacto), como una mercancía más sofisticada y cara para satisfacer el gusto de la alta fidelidad en el sonido estereofónico.

En el primer cuarto de nuestro siglo se puede ya hablar de la comercialización de la música como objeto-mercancía. En el momento en que se verifica una enorme ampliación del área de recepción musical y se multiplican las ocasiones de escucha, se desarrolla un aplanamiento en la sensibilidad del escucha medio, que contribuye «a transformar la música, de objeto de música consciente a mero fondo sonoro para «oír» al margen de otras actividades. De objeto destinado exclusivamente a una fruición de tipo «estético», según los cánones de escucha romántico, la música a nuevamente reencontrado una más directa funcionalidad, reentrado en la esfera del cotidiano, del existente» (2).

Ha correspondido a la radio, primero que todo, el rol más importante en la difusión de la música grabada. Así, ésta ha decidido qué cosa está habilitada para llegar a ser «popular» en sentido cuantitativo. Después, junto a la televisión, estos medios han servido de guía para conformar el gusto musical medio, distribuyendo y publicitando al mismo tiempo las piezas musicales que se convierten en moda con la fuerza de la repetición. De tal manera, según el autor de canciones Charles K. Harris, «una canción nueva debe ser cantada, tocada, susurrada y machacada en las orejas del público no en una sola ciudad sino en todas las ciudades, en todos los países y villas, antes que se convierta en popular» (3).

Con el crecimiento cuantitativo del consumo musical, la música reproducida y los medios de masas se han interesado también en la difusión de la música «clásica», obviamente no en la misma medida que con la música ligera (popular), ésta más fácilmente comercializable y de mayor provecho para la industria musical. Pro-



piamente por esto las casas discográficas y los medios de masas han distribuido más aquella música clásica más conocida y escuchada por el público, esto es, las obras del barroco al romanticismo (el período de la armonía tonal, prevalente también en la música popular) quedando con menos interés las grabaciones en gran escala de la música «culta» del siglo XX, ésta de interés para el público culto o de los «escuchas expertos» (4).

Este fenómeno se ve claramente en la escisión y distancia entre el público y la obra de arte a partir de los compositores de vanguardia. En la música culta del siglo veinte se continúa a innovar y a experimentar nuevas vías en la construcción del lenguaje sonoro, pero la industria no podía interesarse totalmente por esta música de escasa demanda en el mercado, en comparación con aquella de los «clásicos». Razón por la cual delante de un público de masas, «las dos instancias de la difusión y de la experimentación han quedado separadas» (5).

Podríamos agregar que aparte del «escucha experto», aquellos que interesan más a la industria de la música culta más difundida todavía hoy serían el «buenescucha», el «consumidor de cultura», y el «escucha emotivo», mientras el «escucha por pasatiempo», el cuantitativamente más difundido de todos los tipos «puede ser descrito en modo adecuado sólo en relación con los medios de masas» (ibídem, p. 22), o sea, es el tipo objeto de la industria cultural o de la música popular-comercial. (Adorno, T.W.: *Introduzione alla sociologia della musica*. Einaudi, Turín, 1980).

Por otro lado, la audición de las músicas folclóricas tiende a reducirse más en la sociedad de los medios de masas, porque éstos difunden una música de origen urbano, la «música popular», proveniente de las metrópolis dominantes (en el interior de una nación o de las metrópolis de las grandes casas discográficas internacionales). Razón por la cual a menudo se contraponen la tradición musical oral (popular en sentido estricto) como invadida por la «música popular-comercial» o música ligera. Pero además, porque la música de tradición oral-popular corresponde a otros «sistemas de valores de comunidades arcaicas campesinas» que han llegado a ser «hoy inadecuados para responder a los estímulos de una sociedad compleja y tecnológicamente equipada» (6). La música de tradición oral (folclórica) interesa en cambio a los grupos que trabajan por su recuperación (grupos folclóricos, entes culturales o educativos) o bien en los movimientos del «Folk revival», o en la fusión con la música popular-comercial (por ejemplo el folk-rock). Pero permanece siempre como objeto de escaso interés para la industria cultural, excepto en los casos de su aprovechamiento como mercancía exótica.

En el primer cuarto de este siglo emergió la industria de la música ligera o popular-comercial como un negocio de grandes posibilidades de explotación económica, ya que su demanda en el mercado sería la más vasta. El conjunto formado por las primeras casas discográficas (en los E.E.U.U., Inglaterra y Alemania), de las casas editoriales de canciones, centralizadas en Tin Pan

Alley en Nueva York, unido a la radio-difusión, había ya establecido los modelos o patrones de la música ligera más adaptable al disco de 45 revoluciones y de una música para entretención, modelos rígidos que poco cambiarían con el tiempo no obstante el invento del disco de 33 revoluciones o de larga duración, en los años cincuenta. Esta rigidez en la composición de las canciones y de la mayoría de la música ligera ha sido individuada por U. Eco, cuando dice que la música de consumo es un modelo típico donde «la fórmula sustituye a la forma (y la fórmula precede a la forma, la invención, la propia decisión del autor)» (7).

Con tales parámetros la música de consumo puede divertir no revelando lo nuevo, sino por la repetición de aquello ya conocido. Tales fórmulas se constituyen en una camisa de fuerza de la eventual creatividad del artista. Entre aquellos parámetros de la música más comercial podemos indicar a modo de ejemplo las fórmulas métrico-estructurales y las fórmulas melódico-armónicas (predominio del «tema» o la melodía acompañada sin o con pocas variaciones, la duración ya prevista y las modulaciones muy limitadas). Esto constituye todavía hoy un hecho en las canciones de moda, en las piezas bailables o en la «disco music». El mismo fenómeno ha sido señalado por M.T. Galden con el enfoque de la teoría de la información en la música popular (8). En ésta existe una «redundancia» en las estructuras musicales que le permite llegar a ser comprendida y almacenada en la mayor parte de los receptores, donde la simplicidad, la frecuencia de repeticiones y el grado de familiaridad hacen que esta música sea más explotable porque obedece a un código más difundido.

Este carácter estereotipado y redundante en la música de consumo había sido ya objeto de la crítica de Adorno, definido como «estandarización» en el prototipo de la canción de éxito (9), y es esta «estandarización» que acerca mayormente a la música a su carácter de mercancía, como los otros productos de la cultura de masa. Aún cuando Adorno incluye el jazz en la crítica de la música ligera por ser «reducido dentro de un mínimo de formas fundamentales», le reconoce un puesto especial dentro de esa música: «En el ámbito de la música ligera el jazz tiene ciertamente sus méritos. En cuanto en comparación con la idiotéz de la música ligera derivada de la opereta de Johann Strauss ha puesto en el punto una capacidad técnica, una presencia de espíritu, una concentración en cambio quitada de en medio de la música ligera, y también una cierta capacidad de diferenciación rítmica y tímbrica» (10). Propiamente por esto el jazz no tiene el mismo gran consumo que la otra música popular más estandarizada, y lo mismo vale decir para las canciones de cantautores (la «canción distinta») porque exigen una escucha más comprometida y concentrada, y no sólo como música de fondo o para bailar.

Pero es necesario decir que, como ha señalado J. Shepherd (11) «no toda la música popular tiene una orientación exclusivamente comercial, que ésta es estilísticamente heterogénea al menos tanto como la música «seria», que mucha música popular es motivada por intereses artísticos y creativos», y en la música popular encontramos a veces también un alto nivel de profesionalismo y de originalidad. Las críticas a la «estandarización» pueden ser dirigidas, por eso, a aquella música más difundida comercialmente, donde los aspectos de los productos de la cultura de masas continúan estando presentes.

NOTAS

1. Middleton R., «Popular Music, conflitto di classe e campo storico-musicale», en: *What is popular music*, Unicopli, Milán, p. 38.
2. Lanza A., *Storia della musica, il novecento II*, Vol. X, parte II, E.D.T., Turín, p. 16.
3. Citado por R. Middleton, *op. cit.*, pp. 41.
4. Según la clasificación de Adorno: («Tipos de comportamiento musical», en: *Introduzione alla Sociologia della Musica*, cap. I).
5. Lanza A., *opus cit.*, p. 17.
6. Baroni M., Callegari L., «Origine e storia della popular music», en: *What is popular music*, p. 180.
7. Eco U., «La canción de consumo», en: *Apocalípticos e integrados*, Bompiani, Milán, 1989.
8. «La popular music nella terminologia della teoria della comunicazione e dell'informazione», en: *What is popular music*, p. 31.
9. Adorno T.W., «Musica leggera», en: *Introduzione alla sociologia della musica*, p. 31.
10. Adorno T.W., *ibidem*, p. 41.
11. «Definizione e mistificazione: considerazioni sulle etichette come ostacoli alla comprensione...», en: *What is popular music?*, p. 51.

LA GLOBALIZACION

ALVARO GONZALEZ VARGAS

En las siguientes líneas se intenta mostrar cómo el concepto «globalización» se originó con la Revolución Industrial en el siglo XIX. El estudio histórico del concepto comprende un primer nivel estructural y, consecuentemente, un segundo nivel de análisis como proceso. Este último se evidencia con la Revolución Científica y Tecnológica a partir de la década de 1970. De lo anterior se deduce el impacto que el ritmo del cambio está produciendo sobre el primer nivel en la conciencia humana.

Lo complejo de esta realidad ha influido en la amplitud que el término «globalización» encierra, por lo que es necesario un estudio acerca de la evolución histórica de las realidades que han conformado dicho fenómeno.

Una vez que la Guerra Fría fue superada como el paradigma que influyó las ideas que conformaron la visión del mundo de ser humano durante la segunda mitad del siglo XX, la retórica en torno a la «globalización» se ha impuesto, tanto en los círculos académicos como en los medios de comunicación. Técnicamente, las realidades que le asignaron un significado amplio a dicho concepto parten de las consecuencias que se derivaron de los cambios en la política industrial durante la pasada década. Históricamente, las características fundamentales de lo que algunos consideran como una nueva era de la humanidad son un producto de la industrialización, especialmente a partir del mercado mundial que se configura durante el siglo XIX.

El término «globalización» se ha conformado a lo largo de la segunda mitad de la década de 1980, a partir de las discusiones acerca de la viabilidad de las prácticas de la política industrial que se habían estado aplicando en los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico -particularmente en Europa- y de América Latina. Durante este período de crisis se llegó a la conclusión de que el intervencionismo del Estado, en detrimento de las fuerzas del mercado, no respondía a las necesidades de la internacionalización del comercio y de la producción; primero, debido a la difusa separación entre sectores productivos, y segundo, porque la planificación de los gobiernos se tornó más difícil como consecuencia del dinamismo de la tecnología y los mercados. El término lo aplicó en 1988 el Consejo del Primer Ministro de Ontario en Canadá, en un informe «que planteaba un amplio conjunto de objetivos y de instrumentos de política para reestructurar la economía provincial en el marco de la globalización, dinamismo tecnológico y creciente competencia externa» (Peres Núñez, 1993, 40).

Desde una perspectiva histórica, en el análisis de la globalización se distingue a) la identificación del fenómeno desde el punto de vista de su estructura y b) la conciencia que se tiene del mismo como proceso. El primero partió del alcance del poderío de la Gran Bretaña, el cual logró integrar amplios sectores de las economías de diferentes continentes bajo las reglas del mercado en el marco de la Revolución Industrial. Esta estructura difundió el modelo del funcionamiento de la economía británica al resto del mundo. Así, sobre el concepto del mercado autorregulado se erigió el Estado liberal. El éxito del nuevo modelo político dependió de la aceptación internacional del patrón oro, del cual partió el sistema de la balanza del poder que se identi-

ficó con el *Concierto de las Naciones* (sistema de equilibrio del poder que aplicaron las principales potencias europeas entre 1815 y 1914). Por lo tanto, el mercado autorregulado modeló la organización económica y marcó el ritmo de las estructuras económicas y sociales alrededor del mundo (Polanski, 1992, 17).

Así se originó la noción acerca de la globalización -identificada más bien con el término «globalismo»-, en la medida que cada sociedad sintió la necesidad de adecuar gran parte de la producción y de su estructura social en consonancia con los emergentes patrones de la industrialización. Aquí de nuevo Inglaterra fue pionera en establecer las bases de lo que Richard Rosecrance denomina como «el Estado comercial», lo cual implica un nuevo enfoque de la organización política que rechaza la autosuficiencia y la conquista territorial y que propone, en su lugar, que el libre comercio multilateral es el único medio para que los Estados puedan adquirir los recursos que carecen para su desarrollo (Rosecrance, 1987, 30). En este sentido, el modelo del Estado comercial constituye el vínculo entre el siglo XIX y finales del siglo XX.

No obstante, el modelo británico no fue emulado en el contexto de la Segunda Revolución Industrial durante la segunda mitad del siglo XIX. El proceso de homogeneización económica que generalizó el sentido de competencia en una gran cantidad de países, para no permanecer en una condición rezagada en relación con Inglaterra, se extendió en el resto de Europa Occidental, América del Norte y Japón. El proceso no condujo al establecimiento del Estado comercial a escala global, ni la misma Inglaterra lo aplicó en forma pura. El inicio de la industrialización, en las áreas mencionadas, se rigió por patrones que aceptaban el patrón oro y el equilibrio del poder. Sin embargo, la organización política y económica surgió de diversas combinaciones de neomercantilismo y proteccionismo estatal a la industria nacional. En este sentido la aparente tendencia para conformar una nueva civilización, regida por un mercado autorregulado, no correspondió con la especificidad de la Revolución Meiji en Japón (1868) o el modelo de Estado intervencionista que impulsó Otto Bismarck en Alemania a partir de 1866 (Thomson, 1977, 330; 471-2).

La preminencia de elementos culturales en el modelo de desarrollo en cada una de las naciones industrializadas condicionó, a partir de 1880, un reparto del mundo que se identificó con el sello de la grandeza nacional en cada conquista territorial, o bien la conformación de áreas de influencia en ultramar. Por lo tanto, los procesos políticos y económicos de las emergentes potencias marchaban a un ritmo diferente con respecto al modelo del Estado comercial británico. Por lo mismo, a pesar de la capacidad de algunos avances tecnológicos, como la navegación a vapor, el teléfono y el telégrafo, para integrar una economía mundial alrededor del patrón oro, el nacionalismo de la segunda mitad del siglo XIX impulsó la existencia de un mercado más bien fragmentado, el cual coincidió con las zonas de influencia (Kennedy, 1989, 249-56).

La naturaleza de la ciencia del siglo XIX marchó al mismo ritmo de las tendencias políticas imperantes. La complementariedad entre la ciencia y la política explica la convergencia entre

la Teoría de la Evolución de Charles Darwin y su empleo para justificar el imperialismo que se difundió a partir de 1880, con el argumento de que el Estado-nación era como cualquier organismo que «siempre intenta crecer y expandirse para buscar nuevos territorios...» (Rifkin, 1991, 120).

A pesar del neomercantilismo y de la afirmación del nacionalismo, a partir de la Segunda Revolución Industrial se aceleró un proceso en el cual las diferentes regiones se integraron unas con otras. Fue a partir de la segunda mitad del siglo XIX en que la conciencia de aquella integración desembocó en la percepción de las desigualdades entre los países desarrollados y los subdesarrollados. La nueva realidad de la economía internacional, así como los adelantos en las comunicaciones, estimularon cambios importantes en la concepción del mundo que había mantenido Occidente desde el Renacimiento (Barraclough, 1979, 48-51; 290).

No obstante, el inicio del rompimiento con la tradición humanística, que había perdurado por aproximadamente cuatro siglos, al no lograr integrar el nuevo conocimiento para explicar los procesos naturales y político-sociales en el interior de los sistemas en que se presentan debido en parte a que, paradójicamente, condujo a que con la modernización se reafirmaran los principios tradicionales del equilibrio del poder en las relaciones internacionales.

Este conocimiento fragmentario de la realidad coadyuvó, por un lado, a sobrestimar la dimensión militar en las relaciones de poder y, por otra parte, a que las filosofías en que se fundamentaron no estuvieron a la altura de los elementos tradicionales que aspiraron suplantarse.

Durante el siglo XX, a pesar de que los acontecimientos continuaron caracterizados por la mundialización de los problemas políticos y económicos, las tendencias generales fueron marcadas por corrientes locales, sin interconexión entre sí para adaptarse al ritmo del avance tecnológico. Entre los fenómenos que se destacaron aparecen el expansionismo alemán, el ascenso de los Estados Unidos como potencia, la Revolución Rusa y la subsiguiente difusión del marxismo, la consolidación de Japón como potencia en Oriente, la descolonización y la extensión del industrialismo hacia algunas áreas subdesarrolladas. No obstante, los efectos negativos de los conflictos político-militares y las crisis económicas a nivel mundial sí estimularon respuestas que pretendían ajustarse a la dimensión del reto; ejemplo de ello la Sociedad de las Naciones, planteada en la Conferencia de París en 1919, y las Naciones Unidas, cuyo origen se propuso en las conferencias de Dumbarton Oaks y San Francisco en 1945.

Esta preocupación por establecer un gobierno supraestatal surgió como reacción a los efectos negativos de las dos guerras mundiales, en parte, sobre la economía global. La recesión económica que siguió a la primera guerra mundial pero, fundamentalmente, el resultado desestructurante de la crisis de 1929 en los países capitalistas condujo a pensar en la búsqueda de un mayor control de las variables de las políticas económicas nacionales, dada la creciente vinculación del sistema internacional (Bergsten, Keohane y Nye, 1975, 12).

La Segunda Guerra Mundial aceleró la

puesta en práctica de medidas que tendieran a contrarrestar los efectos de los desequilibrios internos de cada Estado-nación sobre el resto del sistema económico internacional. En este sentido, especialmente Inglaterra y los Estados Unidos se preocuparon en Bretton Woods de que la economía de la posguerra se estructurara sobre las bases del liberalismo político y económico.

El surgimiento de la Guerra Fría impidió homogeneizar las economías nacionales de conformidad con los acuerdos de Bretton Woods y la Conferencia de San Francisco. La configuración de un sistema bipolar afirmó la tendencia delineada desde el triunfo de la Revolución Bolchevique (1917), en cuanto a la existencia de dos sistemas económicos en el sistema internacional: el capitalismo y el socialismo (Hoffmann, 1988, 82).

La estructura incompatible entorpeció la pretensión norteamericana de ejercer un indiscutido liderazgo mundial a partir de la aprobación del dólar como la moneda que desplazó a la Libra Esterlina en las transacciones internacionales. La dolarización de la economía se acompañó con la creación del Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el GATT. Washington impulsó la creación de estos instrumentos para servir a su política exterior para, respectivamente, corregir déficit en balanza de pagos, ofrecer asistencia para la reconstrucción de Europa e intentar establecer el libre mercado.

Sin embargo, la eficacia de dichas instituciones -especialmente el GATT-, las que eventualmente garantizarían una superación de los problemas conectados con la política del siglo XIX -como el nacionalismo económico-, se han hecho sentir a un paso lento, similar al de las instituciones políticas como la ONU o la Organización de Estados Americanos. La conclusión de la Ronda Uruguay y la creación de la Organización Mundial del Comercio han sido el punto culminante de un proceso que había iniciado en los albores de la segunda posguerra.

La culminación de la Ronda Uruguay en 1994, al menos en la intencionalidad, se debe no tanto a la finalidad de la Guerra Fría sino al desarrollo del capitalismo hacia una nueva etapa. Si la transnacionalización de la economía ha sido decisiva en la globalización, aún más destacable es el proceso de cambio que se está produciendo en la transición del régimen de acumulación y el modelo de regulación fordista al posfordista. El fordismo se caracterizó por un sistema inflexible, en el cual se privilegió la producción de bienes de consumo masivo. En este contexto el Estado paternalista se preocupó por mantener el pleno empleo y la estabilidad laboral, con el objetivo de sostener la capacidad adquisitiva del consumidor para evitar crisis económicas. El posfordismo, por el contrario, es un sistema flexible que se dirige al consumo de bienes individualizados, proceso en el cual la alta tecnología participa en todos los procesos de la producción y los servicios, al extremo de que la distinción entre ambos sectores de la economía se percibe cada vez más difusa. Bajo estas condiciones, el modelo del Estado intervencionista está siendo desplazado por el modelo neoliberal, en el que no cuentan las políticas de pleno empleo ni la estabilidad laboral (Uribe-Echeverría, 1990, 35-39).

Este cambio está incorporando a las economías de todos los países del mundo en un proceso de ajuste estructural para competir por los beneficios que se pueden obtener de la participación

en el comercio mundial. El advenimiento de un sistema de producción más flexible, en relación con el que se inició hace aproximadamente 75 años con Henry Ford, ha acelerado el movimiento de capitales en busca de las condiciones más ventajosas (Uribe-Echeverría, 1990, 35-41).

De esta forma, en todas las sociedades se están operando procesos de apertura para dar lugar a la generalización del neoliberalismo global, que consiste en un régimen internacional liberal para el comercio que «se basa en un conjunto de principios económicos clásicos que demuestran que la utilidad global se maximiza por medio del libre flujo de productos» (Krassner, 1985, 14). Ello implicaría reducir o eliminar las barreras tarifarias.

De esta manera, las actuales tendencias hacia el ajuste estructural en todos los países se relacionan con la necesidad de controlar las políticas económicas nacionales, para una mejor inserción en un mercado global, lo cual dejó atrás las discusiones acerca del Estado benefactor en el capitalismo y la viabilidad del socialismo.

La consolidación del modelo industrial posfordista ha hecho coincidir la estructura del Estado comercial, que conduce hacia la globalización, con los procesos nacionales de reestructuración. A diferencia del siglo XIX o de la época de auge del fordismo, la agilidad que ofrece la revolución informática en la integración de los mercados -pero sobre todo el crecimiento de una economía informal que amortigua algunas tendencias nacionalistas-, permite que el mercado autorregulado y el Estado liberal se propongan como la estructura que facilita los procesos de integración regional y mundial. Las nuevas tecnologías, que ofrecen un complejo unificado de servicios, están «cambiando la noción de los mercados; ya no se trata de lugares geográficos, sino que se han convertido en redes globales» (Nye, 1991, 18).

El desarrollo de la microelectrónica pone de manifiesto no solamente su papel como el agente dinámico que favorece la integración de los mercados sino también el espíritu de una época, caracterizada por la interdisciplinaria, enfoque a partir del cual se explican los procesos en una interrelación de unos con otros. La nueva actitud condujo a que la inversión en «investigación y desarrollo» (conocida con las siglas ID, en la que se privilegia el papel fundamental del conocimiento humano en el valor agregado de los productos elaborados por las transnacionales) se convirtiera, no solamente en la alternativa a la superación de la crisis energética de 1973, sino también en el símbolo que ha desplazado a la posesión de materias primas como signo de poder (Baranson, 1979, 4-5).

Los desafíos que se presentaron durante la década de 1970 desencadenaron la maduración de un proceso hacia la integración del conocimiento, cuyo origen se remonta en el Proyecto Manhattan. Con los cambios en el sistema internacional, entre los que se destacan la recuperación económica de Europa Occidental y el Japón así como la distensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, no sólo se esbozaron argumentos en favor de un aflojamiento del sistema bipolar sino que también se planteó el «paradigma de la interdependencia», expresión acuñada por parte de Robert Keohane y Joseph Nye, con el objetivo de explicar la naturaleza de las relaciones interestatales al margen de los principios tradicionales del equilibrio del poder. El nuevo

enfoque estudia las interacciones entre las diferentes sociedades considerando su nacionalidad, en una interdependencia mutua, pero enfatizando la diversidad de grupos e intereses, tanto gubernamentales como no gubernamentales (Keohane y Nye, 1988, 15-38).

Con base en el paradigma de la interdependencia, algunos académicos plantearon sus estudios tomando en consideración la estructura del escenario global, con énfasis en la explicación de los procesos que conducen hacia la transnacionalización de la economía.

En el marco de la interdependencia, que trasciende el análisis meramente económico, las ciencias exactas y naturales también explican los fenómenos de sus respectivos campos de estudio considerando los sistemas en que se originan. En este contexto, las preocupaciones en torno al deterioro ecológico del planeta están impulsando una nueva visión del mundo, lo que ha permitido el surgimiento de nuevos enfoques acerca de la política global como el propuesto por Jeremy Rifkin. En su teoría, la globalización implica pensar y actuar con base en las «políticas de la biosfera», al margen de las fronteras impuestas por el Estado-nación. Este enfoque entiende al planeta como un organismo autorregulado, con sectores interactuantes, el cual es explicado con base en la hipótesis Gaia (Rifkin, 1991, 258-9). A partir de estas políticas se propone adaptar las estructuras económicas, sociales y políticas a los ritmos de los procesos planetarios. De esta manera se está conformando una conciencia derivada del conocimiento científico interdisciplinario, que enfatiza en la relación mutua que existe entre los procesos universales.

BIBLIOGRAFIA

- Baranson, Jack. *Technology and the Multinationals: Corporate Strategies in a Changing World*. Lexington, Massachusetts: Lexington Books, 1979.
- Barraclough, Geoffrey. *Introducción a la Historia Contemporánea*. Madrid, España: Editorial Gredos, 1979.
- Bergsten, C. Fred, Robert O. Keohane y Joseph S. Nye. «International economics and international politics: a framework for analysis». En C. Fred Bergsten y Lawrence B. Krause (eds.). *World Politics and International Economics*. Washington D.C.: The Brookings Institution, 1975, pp. 3-36.
- Hoffmann, Stanley. *Orden mundial o primacía: La política exterior norteamericana desde la Guerra Fría*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.
- Kennedy, Paul. *The Rise and Fall of the Great Powers: Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*. Nueva York: Vintage Book, 1989.
- Keohane, Robert O. y Joseph Nye. *Poder e interdependencia: La política mundial en transición*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano, 1988.
- Krassner, Stephen D. *Conflicto estructural: El Tercer Mundo contra el liberalismo global*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano, 1985.
- Nye, Joseph S. *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- Peres Núñez, Wilson. *¿Dónde estamos en política industrial?* *Revista de la CEPAL*, nº 51 (diciembre, 1993), pp. 37-49.
- Polanyi, Karl. *La gran transformación: Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Rifkin, Jeremy. *Biosphere Politics: A New Consciousness for a New Century*. Nueva York: Crown Publishers, Inc., 1991.
- Rosecrance, Richard. *La expansión del Estado comercial*. Madrid, España, 1987.
- Thomson, David. *Europe Since Napoleon*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1977.
- Uribe-Echeverría, Francisco. «Desarrollo regional en los años noventa: Tendencias y perspectivas en Latinoamérica». En Francisco Alburquerque Llorens, Carlos A. de Matos y Ricardo Jordán Fuchs. *Revolución tecnológica y reestructuración productiva: Impactos y desafíos regionales*. Buenos Aires, Argentina: Grupo Editor Latinoamericano, 1990, pp. 25-54.



TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Mario Oliva Medina,
coordinador
Lic. Gerardo César Hurtado
Dra. Zaida Fonseca Herrera
Lic. Fernando Arturo Arce Vargas

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Marta Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

Gerardo César Hurtado



Para este número de «Tópicos del Humanismo» presentamos el tema de la globalización como importante dentro de las preocupaciones de nuestra América, en momentos en que todo el continente no escapa a la búsqueda de soluciones viables dentro del contexto de la política mundial, importante en lo económico, político y cultural, y para un mayor conocimiento de nuestra identidad y gobierno, así como el desarrollo del sentido de humanismo inherente al individuo en las grandes colectividades y en las pequeñas, en las zonas de preocupaciones latentes como seres y actores latinoamericanos.

